



Acto Segundo.

Pequeña sala en el hospital español de Caney. Puerta al fondo y dos laterales. Dos camas á los extremos de la sala. Mesa tosca y sillas. Un Crucifijo y un reloj colgados en la pared. Sobre una de las camas, Carlos vestido, duerme. En el extremo opuesto, una hermana de la Cruz Roja prepara una bebida, y sentado cerca, estará un soldado con la frente vendada, el cual es asistente de Carlos. Comienza á declinar la tarde.

ESCENA PRIMERA.

CARLOS, HERMANA Y ASISTENTE.

HERM. *(Acercándose á la cama y examinando á Carlos.)*

Duerme aún y es necesario dejar que repose. *(ap.)*

¡Es bello!
y está interesante. ¡Vino
(dirigiéndose al soldado)
de la capital de Méjico!

ASIST. Su patria, cuando la guerra
los yanquis al fin hicieron
declarar á España, y tiene
dos cruces y dos ascensos,
lo mismo que el otro joven
su paisano y compañero.
Hijos los dos de familias
acomodadas de Méjico,
al Sr. Vara del Rey,
general de nuestro ejército,
vinieron recomendados
por sus padres; uno de ellos
español.

HERM.

¡ Ah!

ASIST.

Y mejicano

el otro.

HERM.

Apenas lo creo.

Enviarlos y venir
á la campaña contentos,
dejando comodidades
amores quizá....

ASIST.

Los buenos,
los leales á su patria
tradiciones ó abolengo,
dejan todo por la gloria,
por el honor.

HERM.

Lo comprendo.

ASIST.

Solo estos pérfidos yanquis
reducen todo á dinero,
y por dinero pelean
hermana. ¡ Oh! sí.

HERM.

Es cierto.

Y en qué punto de combate
fué donde á ustedes hirieron?

ASIST. En la arqueta de Sevilla,
en ese glorioso encuentro
al desembarcar las tropas
americanas. ¡ Qué reto
del débil contra los fuertes!
¡ qué horroroso tiroteo
y de valor qué prodigios!
¡ Si hubiera vd. visto aquello!
Disputamos palmo á palmo
á los yanquis el terreno
durante cuarenta y ocho
horas, sin más alimento
que el humo de la batalla
condensado en torno nuestro.
¡ Horrible carnicería!

Hubo un instante supremo
en el que un guardia civil,
joven héroe, con los restos
de una sección de infelices
convalescientes y enfermos
que en el hospital estaban
de Pozo Blanco, el refuerzo
de una columna enemiga
detuvo con tal denuedo,
que perdió uno por uno
á todos sus compañeros.

Raymundo Braña y Alonso
es el nombre del mancebo
que de ser á punto estuvo
de los yanquis prisionero
y á quien D. Carlos Mendoza
mi capitán, (señalando á Carlos)
con resuelto
valor indómito salva

de segura muerte, hundiendo una y dos y muchas veces, tinto ya en sangre su acero, en el grupo de invasores que á Raymundo como perros asediaban.

HERM. ¡Qué nobleza!

ASIST. Pero ya ve usted, su intento debió costarle la vida.

HERM. Dios premia siempre á los buenos. (nos.)

ASIST. Obscurecía, y las nubes de lluvia entoldando el cielo á detener el combate piadosas al fin vinieron. La retirada emprendimos, y por mi fe bien á tiempo, porque de fatiga exhaustos, llevando heridos y muertos, no parecíamos hombres sino una ronda de espectros. Dios ha querido salvarnos, pero quizás para nuevos combates que se preparan dentro de poco.

HERM. Yo creo que D. Carlos sufre mucho; pero se halla más enfermo del alma que de la herida.

ASIST. Mire usted, también lo creo. (más bajo y con aire de misterio.) Parece que mi teniente D. Leonel su compañero, tiene una hermana....

HERM. ¡Bella!

ASIST. Muy hermosa y....

CARLOS. (dormido.) ¡Ay!

HERM. Silencio.

CARLOS. (Soñando, en voz alta.)

¡Ea...cobardes... España!

á ellos... ¡El hurra grosero

pagarán muy caro! ¡Muere!

(la última frase la dice haciendo

ademán de hundir la espada.

Llevándose al pecho las manos.

Pero también yo estoy muerto...

Etelvina... padre mío...!

Después de violenta sacudida despierta y se incorpora mirando á todos lados.

HERM. (acercándose solícita.)

¿Sufre usted?

CARLOS. ¡Horrible sueño!

HERM. Ya pasó. Vamos. Ahora el calmante. (le dá una pócima.)

CARLOS. Gracias. Quiero, si está Leonel que le llamen.

ASIST. A buscarle voy.

HERM. Violento.

(vase el asistente.)

ESCENA SEGUNDA.

DICHOS MENOS EL ASISTENTE.

CARLOS. No han traído alguna carta?

HERM. No la he recibido yo.

CARLOS. ¡Qué amarga es la duda! ¿no?
 HERM. Mucho; pero usted se aparta de lo que nos ha ordenado el doctor. Mucho reposo.

CARLOS. Este sueño fatigoso es el que me ha preocupado.
(dejando el lecho.)
 Pero ya me siento bien. Voy á ser dócil.

HERM. Veremos.
 CARLOS. Es preciso. Pronto iremos de nuevo á la lucha.

HERM. ¿Quién?
 HERM. ¿Usted?
 CARLOS. Yo. ¿De qué se extraña?
 HERM. Mientras que no cicatrice la herida.

CARLOS. Eso se dice, pero el médico se engaña algunas veces.

HERM. Ahora está en lo justo: lo sé.
 CARLOS. Pues yo le obedeceré mientras no llegue la hora.
 HERM. Algún mal desconocido á usted desespera y no debe ser.

CARLOS. ¿Usted amó?
 HERM. Nunca.
 CARLOS. Pero ha comprendido que yo sí amo, ¿verdad?
 HERM. Tal me parece y yo sé que es usted amado.
 CARLOS. A fé

que tanta seguridad no me explico.

HERM. Ni podía sin que yo se lo explicase.
 CARLOS. ¿Usted me conoce?
 HERM. Hace algunos años. Sería....

CARLOS. En Méjico.
 HERM. Pero usted es española.
 CARLOS. Mi acento, pero no mi nacimiento. Entonces....

HERM. Me explicaré.
 Un sacerdote virtuoso dirige en la capital de Méjico, el hospital español. Hombre celoso del culto y de la instrucción, para la mujer, fundado tiene un colegio que ha dado frutos á la Religión. Como todo ser amante del bien lleno de bondad, ejercer la caridad es su deseo constante, y ha formado en su plantel jóvenes que se dedican al hospital y practican los oficios que yo en él. Algunas también envía á España, país natal de aquel apóstol modelo

que así gana para el cielo
 en la lucha mundanal,
 lacerados corazones,
 almas que hiere la duda,
 séres que arroja sañuda
 la vida de las pasiones.
 En ese asilo de calma
 la educación recibí
 y en él también conocí
 á una amiga del alma.
 Huérfana y frizando apenas
 en la juventud florida,
 el cariño nuestra vida
 unió en goces y penas.
 Secreto nunca tuvimos
 una para otra y las dos,
 nuestra fé cifrando en Dios
 tranquilamente vivimos.
 En los días de visita
 iban á verla, un anciano,
(marcada atención de Carlos.)
 y un joven, padre y hermano
 de una bella señorita
 que fué nuestra compañera
 de colegio algunos meses.
(mirándole con insistencia.)
 También usted varias veces
 les acompañaba y era
 para mi amiga un tormento
 verle á usted, y muchos días
 nublaba sus alegrías
 de niña, cruel pensamiento.
 CARLOS. ¿Cuál?

HERM. Amar sin esperanza
 porque usted indiferente
 no veía en esa frente
 nube que sus rayos lanza
 para formar la tormenta
 que no estalla en lo exterior,
 porque declarar su amor
 es en la mujer afrenta.
 CARLOS. *(evocando recuerdos.)*
 Esa joven creo que fué....
 que estuvo allí pensionada....
 HERM. Por esa familia honrada
 de quien he hab'ado á usted.
 CARLOS. Sí, la familia Rivera
 á quien ella mucho amaba.
 Y la joven se llamaba....
 HERM. María de la Barquera.
 CARLOS. ¡Ah! sí; la recuerdo ahora;
 ¿sabe usted adonde está?
 HERM. No he vuelto á verla. Quizá
 en Méjico. Superiora
 de un hospital fuí nombrada
 y el colegio abandoné.
 Después á España marché.
 Estalló la malhadada
 insurrección y hace un año
 que estoy aquí. Yo creía....
 que acaso usted y María....
 al fin hubieran....
 CARLOS. *(aparte.)* (Qué daño
 ha hecho en mi corazón
 esa historia de dolores.)
(á la hermana.)
 Yo tenía otros amores

- HERM. y era amado con pasión.
(*con tono dulce pero intencional.*)
Era María violeta
desprovista de arrogancia;
no llevó á usted la fragancia
que roba el aura coqueta
para perfumar salones.
- CARLOS. (*un tanto píado.*)
Hermana. No me deslumbra
el esplendor. La penumbra
es más bella que los dones
del astro rey que al mirarle
ciega su luz nuestra vista.
- HERM. ¿Por qué entonces idealista
usted quiso despertarle
á María sentimientos
que no supo comprender?
- CARLOS. (*con sinceridad.*)
¿Yo.... dice? No puede ser....
- HERM. Causa fué de sus tormentos.
En una hora de ilusión,
de no sé qué fatalismo
para María, usted mismo
brillante composición
en sonoro verso escrita
regaló con unas flores
á esa alma virgen de amores,
á esa alma dulce y bendita.
(*con delicado reproche.*)
Ya vé usted como es culpable,
y Dios quiera que el olvido
con el tiempo haya podido
curar su amor.

- CARLOS. (*afectado se deja caer en una
silla.*) ¡Miserable!
corazón, siempre menguado!
- HERM. Perdone la confidencia,
y ruege por la existencia
de aquel ser desventurado.
- CARLOS. (*levantándose.*)
Si pudiera reparar
el daño que la causé.
¿Adónde está?
- HERM. No lo sé.
ya lo dije. El hondo mar
del imposible se aferra
en separar en el suelo
á los séres. Hasta el cielo
búsquela usted no en la tierra.
¿Entonces ha muerto?
- CARLOS. Sí,
para el mundo.
- HERM. No comprendo..
Hoy ha de estar ejerciendo
lo mismo que ejerzo aquí....
- CARLOS. ¡De la Caridad Hermana!..
- HERM. Supe en España que lo era.
- CARLOS. Niña angelical; siquiera
tras de la contienda humana
premios tendrá su virtud,
mientras que yo. ¡ah! quién
(*sabe....!*)
si en estas luchas acabe
mi amor y mi juventud.
(*Leonel por el fondo.*)

ESCENA TERCERA.

DICHOS Y LEONEL.

LEON. Ya sabes que el enemigo pronto nos atacará.
 CARLOS. Puede venir, que mas dá; tal vez lleve su castigo.

(Leonel habla en voz baja á la hermana, ésta se sorprende, pero disimula, hace una señal de asentimiento, enciende una pequeña lámpara porque ha oscurecido, y se vá, dando tiempo á los cuatro siguientes versos.)

LEON. Trincheras en cuatro tardes han puesto frente á Caney.

CARLOS. Allí está Vara del Rey para escarmentar cobardes.
(vase la hermana.)

ESCENA CUARTA.

LEONEL Y CARLOS.

CARLOS. Me extraño de no tener de Méjico alguna carta, puesto que han llegado buques burlando la vigilancia del bloqueo.

LEON. "El Villaverde"....
 "El Cristina" ó "Esperanza"
 según me indicaron trae

algunas noticias gratas para nosotros.

CARLOS. ¿Sí? ¿Cuáles?
 LEON. parece que algunas cartas nos traen unos pasajeros que llegaron á la Habana....

ó á Guantánamo, hace días; cartas muy recomendadas por nuestros padres y quieren en propia mano entregarlas.

CARLOS. Ha sido mucho arriesgarse y dudo que tales cartas lleguen á nosotros,

LEON. *(aparentando indiferencia.)*

Puede....

No perdamos la esperanza. Creo que están en camino.

CARLOS. ¿Pero es posible? Los matan sin remedio.

LEON. Que optimista eres.

CARLOS. Dudo....

LEON. El Sr. Vara del Rey supo que llegaron y ha ordenado su marcha proteger.

CARLOS. Bien lo merecen porque la empresa fué árdua. ¿Y llegarán?

LEON. Esta noche alguno quizá, y mañana ó después los otros.

CARLOS. ¿Cuántos son?

- LEON. Cuatro.
 CARLOS. ¡ Ah! se me salta
 de angustias y de alegría
 el corazón.
- LEON. Mucha calma.
 Las emociones muy fuertes
 para la herida te dañan.
- CARLOS. No lo creas Estoy bueno;
 nada me duele.
- LEON. *(con afectuosa intención.)*
 Sí, el alma.
- CARLOS. Bien, pero cuando es dichosa.
 LEON. También la dicha nos mata.
 Te dejo; estoy impaciente
 yo también con la esperanza
 de verlos llegar.
- CARLOS. Si duermo
 á cualquier ahora me llamas.
(vase Leonel, fondo.)

ESCENA QUINTA.

- CARLOS.
- (Después de breve pausa, durante la cual se sienta reflexivo.)*
 ¡ Triste condición la mía;
 amarme tanto dos seres,
 y darle al uno placeres,
 y darle al otro agonía!
 Acaso me haya olvidado
 esa niña desdichada
 en hora infausta engañada...
 ¡ No; no la he engañado!
 Alguna vez me indicó

que los versos y las flores
 le agradaban, y no amores
 mi trova le declaró,
 ni las flores que le dí
 pudieron significar
 que yo la debiese amar
 ó impresionarla de mí.
 Fueron mis versos un canto
 que me inspiró su inocencia;
 hablaba en ellos de ausencia...
 alegrías, penas, llanto.
 Es la historia de la vida,
 y si es que cada mujer
 se dedicase á querer
 á quien escribe; perdida
 fuera siempre su esperanza
 de ver en cada poeta
 un amante. Si, me inquieta
 pensar que la suerte lanza
 á seres impresionables,
 en la lucha y los dolores
 para vender sus amores
 que compran los miserables.
(se pone de pie.)
 ¡ Ah! pero ella está segura
 de Dios en la Santa Casa,
 y místico amor la abrasa
 endulzando su amargura.
 No volviéndonos á ver,
 ha de ser cosa concluida.
(llevándose las manos al pecho.)
 Me duele ahora la herida.
 Procuraré obedecer
 la prescripción del doctor.

(Se acerca á la cama, toma unos tragos de la bebida, se sienta sobre el mismo lecho y diciendo los últimos versos se recuesta y á poco queda dormido.)

Ya mi mente se imagina
lo que me dirá Etelviva.
Soñaremos con su amor.

(Después de breves instantes penetran por el fondo, la Hermana y María en traje de Hermana de la Caridad.)

ESCENA SEXTA.

CARLOS, MARIA Y HERMANA.

MARIA. *(con vivo interés.)*
¿Dónde está Carlos?
HERM. *(señalando la cama.)* Allí.
MARIA. *(acercándose muy quedo)*
Duerme. ¿Qué pálido está!
[volviendo al lado de la Hermana]
¿Y la herida?
HERM. Sanará.
MARIA. ¿Desde cuando estás aquí?
HERM. En Cuba un año cumplido
tengo, y en Caney dos meses.
(mirándola con ternura.)
¿Qué bella estás!
MARIA. *(con cariñosa ironía)*
Los reveses
me han de haber embellecido.
HERM. Te veo y dudo....

MARIA. Pues yo,
¿qué diré si hemos luchado
ya con el mar agitado,
ya con un barco que dió
al nuestro caza, perdiendo
nuestra pista en alta mar?
Pero pudimos llegar
tantos peligros venciendo.
Y este viaje, ¿cómo ha sido?
HERM. Como todos los que hacemos,
MARIA. pues voluntad no tenemos.
Me mandaron y he venido.
HERM. ¿Qué feliz casualidad!
MARIA. O qué sabia Providencia.
HERM. *(con sincero interés.)*
¿Y durante nuestra ausencia
en medio á la soledad
has olvidado tu amor?
MARIA. He luchado y he vencido.
HERM. ¿De veras?
MARIA. Mucho he sufrido,
pero sabes que el dolor
cuanto más grande se siente
más nos purifica el alma.
Tras la tormenta la calma;
Dios es un padre elemente.
HERM. Solo explicarme así puedo
que vengas acompañada
de la mujer adorada
por Carlos.
MARIA. *(ingenuamente.)* Y tengo miedo.
HERM. ¿Miedo de qué?
MARIA. Las mujeres
perspicacia femenina

tienen. Pudiera Etelvina
sospechar....

HERM. Si tú lo quieres.

Si no la mujer también
sabe ocultar á los ojos,
palideces y sonrojos
que los demás nunca ven.
Además, puedes partir
á otro cercano hospital
sin verle, ni hablarle.

MARIA. ¿A cuál?

HERM. A Pozo Blanco.

MARIA. Cumplir
debo, encargo que me dió
ella para él, mientras llega.
HERM. Lo haré por tí.

MARIA. No me niega

el valor con que venció
mi alma por Dios inspirada
en mi amoroso combate.

*(Te toma á su amiga una mano
y la lleva al corazón.)*

Mira que tranquilo late
mi corazón.

HERM. *(aparte.)* ¡ Desdichada !

MARIA. Ahora déjame aquí
esperando que despierte;
nada temas, seré fuerte.

HERM. *(señalando la puerta derecha.)*

Te acompaño desde allí.

(vase.)

ESCENA SEPTIMA.

MARIA Y CARLOS.

(el segundo dormido.)

MARIA. *(Después de contemplarle un momento, se arrodilla ante el Crucifijo, ora un instante en silencio y luego en voz alta y emocionada.)*

Dios de bondad infinita,
fuente de dulce consuelo,
si permites que del cielo
venga á la tierra, proscrita,
el alma que aquí se agita
luchando con las pasiones;
tú, que ves los corazones,
fortalece con tu amor,
éste, que llena el dolor
de mundanas emociones.

No abandones en el mar
de la duda mi barquilla;
condúcela hasta la orilla
sin dejarla zozobrar:
si formulé ante tu altar
votos de sincera fe;
si allí todo lo olvidé
para consagrarme á tí,
compadécete de mí
porque en tu bondad confié.

(se enjuga los ojos y ya serena se pone de pie, á tiempo que Carlos se despierta poco á poco para oír ya el siguiente verso de María, incorporándose.)

Me siento tranquilizada.